JAIME PASTOR

“La Iglesia, como la sociedad, tiende a esconder el fracaso”

Elena RODRÍGUEZ-AVIAL
PERIODISTA

Sabe por propia experiencia que “tener fe siempre aporta esperanza en cualquier duelo”. También el que conlleva un proceso de divorcio. Por eso, y porque defiende la importancia de contar con personas que acompañen en el camino de sanación, **Elena Rodríguez-Avial** (Madrid, 1974) ha querido compartir con cuantos puedan necesitarlo cómo, incluso en los peores momentos, *La herida se ilumina* (Ed. Mensajero). Así titula su libro esta periodista especializada en información sociorreligiosa y, durante una década, coordinadora de la Oficina de Comunicación de la Provincia de España de la Compañía de Jesús. Unas páginas iluminadas por el testimonio, en forma de entrevistas, de quienes han pasado por esa situación y dan fe del *Acompañamiento eclesial a personas divorciadas*. Aunque, no pocas veces, la Iglesia se comporte como la sociedad y tienda a “esconder el fracaso”, se lamenta la autora.

¿Se cierra del todo la herida provocada por un divorcio o hay que “iluminarla” para que cicatrice?

Las personas que entrevisto en el libro coinciden en que la herida hay que iluminarla para que cicatrice bien y que, aunque apenas duela, siempre permanece.

En un proceso de divorcio, ¿cuáles son las pérdidas más dolorosas que se producen por el camino?

Eso depende mucho de cada persona y de las circunstancias. Pero citaría tres especialmente dolorosas: la pérdida de seguridad en uno mismo, de la confianza en los demás y del sentido de la vida. En el caso de los creyentes, puede ser muy dolorosa también la pérdida de la familia “ideal” cristiana.

¿Lo tiene más fácil o más difícil el creyente para superar el duelo por un divorcio?

Creo que lo tiene más fácil si cree de verdad en un Dios amor que está por encima de las normas. Tener fe siempre aporta esperanza en cualquier duelo, y hay otras ventajas, como la posibilidad de una comunidad de acogida, de personas que te acompañen espiritualmente o el perdón y autoperdón como horizonte. Es el paso del Jueves Santo al Domingo de Resurrección.

Algunos de los testimonios del libro reconocen que la separación les ha acercado más a Dios. ¿Se sentían defraudados con la idea de matrimonio que les transmitió la Iglesia?

El matrimonio está idealizado en la sociedad; también en la Iglesia e incluso por los sacerdotes. Se nos ofrece un único modelo de familia y, cuando esta se rompe, muchos creyentes no encuentran salida. Pero cuando una herida te quiebra, si la trabajas en profundidad puede generar un crecimiento personal y espiritual potente. Si un creyente se encuentra tan hundido que solo puede dejar la iniciativa al Señor… la herida se ilumina. Varios entrevistados explican ese crecimiento así: una vida nueva que brota del fracaso.

¿Por qué ese cuidado eclesial en educar en la fe a los futuros esposos y una atención tan escasa a los divorciados?

En general, la sociedad tiende a esconder el fracaso. Es un signo de su inmadurez. En la Iglesia pasa lo mismo, nos encantan las pastorales con los jóvenes, las oraciones emotivas, los sacramentos solemnes… Pero el Evangelio está encarnado en el pobre, material o espiritual, en el migrante, en el que necesita consuelo, en el que fracasa en su proyecto de vida…

¿Cómo se acoge sin preguntar y se acompaña sin juzgar a quienes deciden un día romper su matrimonio?

Lo primero es que uno no siempre decide romper su matrimonio, porque para casarse hacen falta dos personas, pero para divorciarse basta con la decisión de una. Para bien acompañar en estas situaciones, tenemos los ejemplos de algunos proyectos eclesiales que se desgranan en el libro. Ahí son claves tanto los acompañantes divorciados como las comunidades de personas en la misma situación.

JOSÉ LUIS CELADA